

UN MENSAJE A GARCIA

Un artículo que ha dado la vuelta al Mundo

Esta pequeñez literaria, «Un mensaje a García», fué escrita una noche, después de la comida, en una hora. Erase el 22 de febrero de 1899, natalicio de Wáshington, y ya íbamos a entrar en prensa con el número de marzo de nuestra revista «Phillistine». Brotaba candente de mi corazón, escrita cual fué, después de pesaroso día dedicado a tratar de enseñar a ciertos indolentes moradores de la villa a adjuar de aquel estado comatoso en que se encontraba y a infiltrarles radiactividad.

La idea surgió de una pequeña discusión cuando tomábamos el té, en la cual mi hijo Bert lanzó la especie de haber sido Rowan el verdadero héroe de la guerra de Cuba. Rowan salió solo y realizó su propósito: llevó el mensaje a García. Cual destello de luz vino a mi mente la idea. Es verdad, me dije, el muchacho tiene razón: héroe es aquel que cumple su cometido, que lleva el mensaje a García. Levantéme de la mesa y escribí «Un mensaje a García». Tan poca fué mi estimación de este artículo que se publicó sin encabezamiento en la revista. Hizose el reparto y poco después principiaron a llegar pedidos de una docena, cincuenta, cien ejemplares adicionales del número de marzo de «Phillistine», y cuando la American News Company pidió mil ejemplares pregunté a uno de mis empleados cuál era el artículo que había levantada tanto polvo cósmico.

—Eso de García—me contestó.

Al día siguiente se recibió un telegrama de George S. Daniels, del Ferrocarril Central de Nueva York, que decía así: «Cotice precio de cien mil ejemplares artículo Rowan, en forma folleto. Anuncio Tren Expreso del Estado Imperial al respaldo. Diga cuándo puede hacerse entrega».

Contesté cotizando precio y diciendo que podía entregarlos en dos años. Nuestras facilidades eran pocas y cien mil ejemplares parecíanos una empresa magna. El resultado fué que le concedí permiso a Mr. Daniels para que reprodujera el artículo como quisiera. Lo hizo en forma de folletos, en ediciones de medio millón cada una, y además el artículo fué reproducido en más de doscientas revistas y periódicos. Ha sido traducido a todos los idiomas.

Cuando Mr. Daniels se ocupaba de la distribución de «Un mensaje a García», el príncipe Hilakoff, director de los ferrocarriles de Rusia, se encontraba en este país. Era huésped de la Compañía del Ferrocarril Central de Nueva York y viajó por todo el país acompañado por Mr. Daniels. El príncipe vió el librito: le interesó, más por el hecho de que Mr. Daniels lo estaba distribuyendo en tan grandes cantidades que, probablemente, por cualquier otro motivo.

De todos modos, cuando el príncipe regresó a su país hizo que se tradujera al ruso y repartió un ejemplar a todo empleado de ferrocarril en Rusia. Tras éste vinieron otros países, y de Rusia pasó a Alemania,

Francia, España, Turquía, Indostán y China. Durante la guerra entre Rusia y el Japón a todo soldado se entregó un ejemplar de «Un mensaje a García».

Encontrando los japoneses esos libritos en poder de los prisioneros rusos llegaron a la conclusión de que debía ser algo bueno y, por consiguiente, lo tradujeron al japonés.

Y por orden del Mikado se entregó un ejemplar a todo empleado, civil o militar, del Gobierno japonés.

Más de cuarenta millones de ejemplares de «Un mensaje a García» han sido impresos. Se dice que ésta es la circulación mayor en toda la Historia que haya tenido un trabajo literario durante la vida del autor, gracias a una serie de accidentes afortunados.—E. H.

East Aurora, 1 de diciembre de 1913.

En todo este asunto de Cuba hay un nombre que sobresale en el horizonte de mi memoria como el planeta Marte en su perihelio. Cuando se declaró la guerra entre España y los Estados Unidos era muy necesario comunicarse prontamente con el jefe de los insurrectos. Encontrábase García, allá, en la manigua de Cuba, sin que nadie supiera su paradero. Era imposible toda comunicación con él por teléfono o por correo. El Presidente tenía que contar con su cooperación sin pérdida de tiempo. ¿Qué hacer?

Alguien dijo al Presidente: «Hay un hombre llamado Rowan que puede encontrar a García, si es que se le puede encontrar.»

Se trajo a Rowan y se le entregó una carta para que a su vez la entregara a García. De cómo fué que este hombre, Rowan, tomó la carta, la selló en una cartera de hule, se la amarró al pecho, hizo un viaje de cuatro días y desembarcó de noche en las costas de Cuba en un bote sin cubierta; de cómo fué que se internó en las montañas, y en tres semanas salió al otro lado de la isla, habiendo atravesado a pie un país hostil, y entregado la carta a García, son cosas que no tengo deseo especial de narrar en detalle. Pero sí quiero que conste que MacKinley, Presidente de los Estados Unidos, puso una carta en manos de Rowan para que éste la entregara a García. Rowan tomó la carta y no preguntó: «¿Dónde está García?»

¡Loado sea Dios! He aquí un hombre cuya figura debe ser vaciada en imperecedero bronce y puesta su estatua en todos los colegios del país. No es la enseñanza de libros lo que los jóvenes necesitan, ni la instrucción de esto o aquello, sino el endurecimiento de las vértebras para que sean fieles a sus cargos, para que actúen con diligencia, para que hagan las cosas, «llevar el mensaje a García».

El general García ya no existe, pero hay otros Garcías.

No hay hombre que haya tratado de administrar una Empresa que requiera mucho personal, que, a veces, no se haya quedado atónito al notar

la imbecilidad del promedio de los hombres, la inhabilidad o la falta de voluntad de concentrar sus inteligencias en una cosa dada y hacerla.

La asistencia irregular, la desatención ridícula, la indiferencia vulgar y el trabajo mal hecho parece ser la regla general. No hay hombre alguno que salga airoso de su empresa, a menos que, quieras o no, por la fuerza, obligue o soborne a otros para que le ayuden, o a menos que, tal vez, Dios Todopoderoso en su bondad, haga un milagro y le envíe el Ángel de la Luz para que le sirva de auxiliar.

Tú, lector, puedes hacer esta prueba. Te encuentras en estos momentos sentado en tu oficina. A tu alrededor tienes seis empleados. Llama a uno de ellos y pídele lo siguiente: «Tenga la bondad de buscar en la Enciclopedia y hágame un memorándum corto de la vida de Correggio.»

¿Crees que el empleado contesta «Sí, señor», y se marcha a hacer lo que tú le dijiste?

Nada de eso. Te mirará de soslayo y te hará una o más de las siguientes preguntas:

- ¿Quién era el Correggio?
- ¿En qué Enciclopedia?
- ¿Dónde está la Enciclopedia?
- ¿Acaso fui empleado yo para hacer eso?
- ¿No querrá usted decir Bismarck?
- ¿Por qué no lo hace Carlos?
- ¿Puedo dejarlo para mañana?
- ¿Hay prisa para eso?
- ¿No sería mejor que le trajera el libro y usted mismo lo buscara?
- ¿Para qué quiere usted saberlo?

Y me atrevería a apostar diez contra uno, que después que hayas contestado el interrogatorio y explicado la manera de buscar la información que necesitas, tu empleado se retira y obliga a otro compañero a que le ayude a encontrar a García: regresando poco después diciéndote que no existe tal hombre. Desde luego, puede darse el caso de que yo pierda la apuesta, pero según la ley de promedios no debo perder.

Ahora bien: si tú sabes lo que tienes entre manos, tú no debes molestarte en explicar a tu auxiliar que «Correggio» está indicado con «C» y no con «K», sino, sonriente y de buen humor, le dirás: «Está bien, déjelo, y dicho te levantarás y lo buscarás tú mismo.

Y esa incapacidad para obrar independientemente, esa estupidez moral, esa deformidad de la voluntad, esa falta de disposición para hacerse cargo de una cosa y realizarla, esas son las cosas que nos traerá a la larga, en lo

futuro, el socialismo puro. Si los hombres no actúan por sus propias iniciativas para sí mismos, ¿qué harán cuando el producto de sus esfuerzos sea para todos? La fuerza bruta parece necesaria y el temor a ser despedido el sábado a la hora del cobro hace que muchos trabajadores o empleados la soporten en el trabajo o la colocación.

Anuncia buscando un taquígrafo, y de diez solicitantes, nueve son individuos que no tienen ortografía, y lo que es más, de individuos que no creen necesario tenerla. ¿Podrían esas personas escribir una carta a García?

—Mire usted—me decía el gerente de una fábrica—mire usted aquel tenedor de libros.

—Bien, ¿qué le pasa?

—Es un magnífico contable, mas si se le manda hacer una diligencia, tal vez la haga; pero puede darse el caso de que entre en cuatro tabernas o «tascas» y antes de llegar a su destino ya no se acuerde de lo que se le dijo.

¿Puede confiarse en que ese hombre lleve un mensaje a García?

Recientemente hemos estado oyendo conversaciones y expresiones de mucha simpatía hacia «los operarios y empleados que son objeto de explotación en las Empresas», así como hacia «el hombre sin hogar que anda errante en busca de trabajo honrado», y junto a esas expresiones con frecuencia empléanse palabras duras hacia los hombres que están en el Poder.

Nada se dice del patrono que con gran capacidad de trabajo trata en vano de conseguir que los eternos disgustados y perezosos realicen su cometido a conciencia; ni se dice nada del mucho tiempo ni de la paciencia que ese patrono ha tenido buscando personal que no hace nada útil para la Empresa tan pronto como el patrono vuelve la espalda. En todo establecimiento y en toda fábrica se tiene constantemente en práctica el procedimiento de selección por eliminación. El patrono se ve constantemente obligado a rebajar personal que ha demostrado su incompetencia en el fomento de sus intereses y a tomar otros empleados. No importa que los tiempos sean buenos; este procedimiento de selección sigue en toda época y la única diferencia es que, cuando las cosas no van bien y el trabajo escasea, se hace la selección con más escrupulosidad, pero sin duda acaba siempre yendo a la calle el incompetente y el inservible. Por interés propio el patrono tiene que quedarse con los mejores, con los que pueden llevar un mensaje a García.

Conozco a un individuo de aptitudes verdaderamente brillantes, pero sin la habilidad necesaria para manejar sus propias actividades y que también es completamente inútil para otras, debido a la insana sospecha que constantemente abriga de que su patrono le oprime o trata de oprimirle. Sin dotes de mando, no tolera que se le mande. Si se le diera un

mensaje para que lo llevara a García, probablemente su contestación sería: «Llévelo usted mismo.»

Este hombre acaba siempre por andar errante por las calles en busca de trabajo, teniendo que sufrir calamidades. Nadie que le conozca se ofrece a darle colocación, puesto que es la esencia misma del descontento. No se aviene a razones y lo único que en él podría producir algún efecto sería un buen puntapié propinado por una gruesa y dura bota del número cuarenta y tres. Sé en verdad que un individuo tan moralmente deforme como ése no es menos digno de compasión que el físicamente inválido; pero en nuestra compasión derramemos también una lágrima por aquellas personas que se encuentran al frente de grandes empresas, cuyas horas de trabajo no están limitadas por el sonido del pito y cuyos cabellos prematuramente encanecidos en la lucha que sostienen contra la indiferencia zafia, contra la imbecilidad crasa y contra la ingratitud cruenta de los otros, quienes, a no ser por el espíritu emprendedor de éstos, andarían hambrientos y sin hogar.

Diríase que me he expresado con mucha dureza. Tal vez sí; pero cuando el mundo entero se ha entregado al descanso, yo quiero expresar una palabra de simpatía hacia el hombre que sale adelante en su empresa, hacia el hombre que aun a pesar de grandes inconvenientes, ha sabido dirigir los esfuerzos de otros hombres, y que después del triunfo, resulta que no ha ganado nada más que su subsistencia.

También yo he llevado mi lata de comida al taller y he trabajado a jornal diario, y también he sido patrono y sé que puede decirse algo de ambos.

No hay excelencia en la pobreza «per se»; los harapos no sirven de recomendación; no todos los patronos son rapaces y tiranos; no todos los pobres son virtuosos.

Mis simpatías todas van hacia el hombre que hace su trabajo, tanto cuando el patrono está presente como si se encuentra ausente, hacia aquél que al entregarle una carta para García, tranquilamente toma la misiva, sin hacer preguntas idiotas y sin intención alguna de arrojarla a la primera alcantarilla que encuentre a su paso, o de hacer cosa que no sea entregarla al destinatario. Ese hombre nunca queda sin trabajo, ni tiene que declararse en huelga para que se le aumente el sueldo. La civilización busca ansiosa, insistentemente, a esa clase de hombres. Cualquiera cosa que ese hombre pida la consigue. Se le necesita en toda ciudad, en todo pueblo, en toda villa, en toda oficina, tienda y fábrica, y en todo taller. El mundo entero lo solicita a gritos; se necesita, y se necesita con urgencia, al hombre que pueda llevar un «Mensaje a García».